

SAN ROMERO DE AMÉRICA



MARTIRIO-ESPERANZA-LIBERACIÓN

Donizete José Xavier y Emerson Sbardelotti - Organizadores

Primera edición, abril 2022.
ISBN: 978-9915-9342-2-8

Consejo editorial:

Socorro Martínez
Rosario Hermano
Pablo Bonavía
Óscar Elizalde Prada
Manoel Godoy
Carmen Margarita Fagot
Juan Manuel Hurtado

Dirección editorial:

Pilar Torres Silva

Edición académica:

Donizete José Xavier
Emerson Sbardelotti

Diseño y diagramación:

Milton Ruiz

Portada:

Milton Ruiz

© 2022, Fundación Amerindia
Oficina Ejecutiva
Cerrito 327 / 001 (11000)
Montevideo – Uruguay.
Telefax: (598) 2916 7308
E-mail: amerindia@adinet.com.uy
Web: www.amerindiaenlared.org

Amerindia Continental agradece a las agencias de cooperación que han colaborado para hacer posible esta publicación:

CAFOD (Inglaterra)
CCFD (Francia)
DESARROLLO Y PAZ (Canadá)
DKA (Austria)
EMW (Alemania)
MISEREOR (Alemania)

Derechos reservados para todas las ediciones. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, por cualquier medio, sin el permiso previo, por escrito, de la Fundación Amerindia.

El corazón del Evangelio en la margen del mundo⁴⁶

Espiritualidad del martirio

Luiz Carlos Susin⁴⁷

Mártir es todo aquel que da testimonio, arriesgando su reputación, su vida, su sangre. El evangelista Juan subraya de forma muy expresiva la dimensión “martirial” de Jesús, el testigo por antonomasia de Dios, el Padre⁴⁸.

Es espantoso y trágico lo que afirma Juan luego en la apertura de su evangelio: “Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). Es una primera conclusión, sorprendente, aparentemente sin lógica, en-

46 Este texto corresponde al contenido de una conferencia en la UCA de San Salvador con motivo de la celebración de los treinta años del martirio de san Óscar Romero, y publicado como artículo en un número especial de *Revista Latinoamericana de Teología*, vol XXVII, fascículo 80 (mayo/agosto de 2010) p. 205-214. Para esta publicación ha sido revisado y ligeramente modificado.

47 Capuchino, doctor en teología por la Universidad Gregoriana de Roma (1983), con pos- doctorado por la Georgetown University de Washington; profesor en el programa de teología de la Escuela de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica de Río Grande del Sur y en la Escuela Superior de Teología y Espiritualidad Franciscana de Porto Alegre. Miembro fundador de la SOTER (Asociación de Teología y Ciencias de la Religión, de Brasil), y su ex-presidente (1999-2002); miembro del Comité de Redacción de la Revista Internacional de Teología Concilium (2001-2015); Secretario General del Foro Mundial de Teología de la Liberación desde 2005. Entre sus libros en el área de teología sistemática está el reciente *O Tempo e a Eternidade: a Escatologia da Criacao*, Vozes, Petrópolis, 2018.

48 En este texto, con un carácter de profundización meditativa, se privilegia el evangelio de Juan desde su estructura interna a partir de Mateus Juan, Barreto Juan, *El evangelio de Juan. Análisis, lingüística y comentario exegético*, San Pablo, San Pablo, 1999.



teramente inesperada. Pues lo que Él anuncia inmediatamente antes es tan grandioso y tan lleno de esperanza: en el principio, la Palabra estaba en Dios y todo fue hecho y vivificado por la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es la vida del mundo, la luz que brilla en medio de las tinieblas. La Palabra estaba en el mundo y el mundo fue hecho por ella, pero el mundo no la conoció, vino para el que era naturalmente suyo, pero los suyos no la recibieron. Y la mataron amparándose en justificaciones legales, y lo que es más espantoso: justificaciones de carácter religioso. Es lo que Juan dice resumido en el prólogo de su evangelio (cf. Jn 1,1-11).

Hay sin embargo una segunda conclusión, ahora realmente una buena noticia: a los que recibieron la Palabra de Dios, les dio el poder de ser hijos de Dios, de nacer de Dios (cf. Jn 1,12-31). Queda la intrigante cuestión: ¿por qué el mundo no conoce su autor? ¿Por qué los suyos no lo recibieron? Juan levanta la misma cuestión que Pablo, que elabora de forma extensa y angustiada en su carta a los romanos (cf. Rom 1,18-20; 9,1-11, 36). ¿Sería mala voluntad o algo estructural?

El versículo 14 del primer capítulo de Juan, tan conocido nuestro, nos revela y nos entrega el secreto de Dios, el lugar de su revelación, el lugar del encuentro con él: “¡La Palabra se hizo carne!”. Y así, en la condición de fragilidad y de mortalidad propias de la carne humana, él se deja encontrar habitando en medio de nosotros, en tienda de peregrino igual a la nuestra, que somos tan humanos al pasar por este mundo. Esta modalidad y este lugar de revelación divina nos colocan delante de nuevo susto, de la posibilidad trágica de no reconocer ni acoger el divino huésped y compañero. Aquí está el escándalo y la locura en el corazón del evangelio, la piedra en medio del camino de toda “religión” cristiana, como subraya Pablo a los corintios (cf. 1 Cor 1)⁴⁹. Nunca está por demás insistir en este misterio que es al mismo tiempo maravilla y escándalo. Este es el corazón del evangelio y de la especificidad cristiana en un mundo de muchas religiones e inclusive de muchos cristianismos. Como afirmaba con fineza Christian Duquoc: para conocer a Dios, la pregunta inicial y metodológicamente correcta no es la pregunta por su esencia, es la pregunta por el lugar desde donde él se aproxima y se revela. Aún cuando quedamos encantados con la respuesta tan “humanizada” y tan sorprendente

49 Qué tipo de religión es el cristianismo, o si es de hecho una religión, o si no sería inclusive una anti-religión, en la misma línea de las observaciones de Christian Duquoc sobre el mesianismo y el anti-mesianismo de Jesús, en su libro *El Mesías, cristología, ensayo dogmático II*, Loyola, San Pablo, 1980. Esto conlleva una discusión al respecto de la especificidad de la fe y de la tradición religiosa cristianas.



de Dios, persiste la pregunta: ¿por qué parece tan difícil aceptar esta “contra-lógica” divina? Tal vez la respuesta esté en nosotros mismos, no en Dios: él nos conduce por caminos inesperados a los cuales, en un primer momento, nos resistimos. Vamos a examinar con un poco de atención los dos movimientos, el que viene de Dios hacia nosotros y el que nos conduce a Dios.

1. El modo como Dios se aproxima al mundo: el lado maravilloso

Es una gran pretensión querer saber cómo Dios hace, cómo Dios es, cómo Dios piensa. Pero no se trata aquí de especulaciones de una cabeza pensante. Son las fuentes cristianas y después el hilo dorado de la tradición cristiana que dan testimonio de la forma de aproximación de Dios al mundo según, justamente la fe cristiana.

El evangelista nos ayuda para que comprendamos inmediatamente el lado maravilloso de Dios: “Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo único” (Jn 3,16) que, a su vez, no vino para condenar, sino para salvar al mundo (cf. Jn 3,17), no vino para juzgar, sino -Juan vuelve a recordarlo- vino para salvar (cf. Jn 12,47). Lucas y Mateo nos traducen esta aproximación salvadora a través de las narrativas del nacimiento y de la infancia del Emanuel, el Dios con nosotros, niño nacido de una mujer, acompañado de una madre y de un padre en la condición de una gran humildad humana. No necesitamos recurrir a los detalles, mas la fiesta de Navidad siempre nos vuelve a conmover por esta sorprendente humildad de Dios. ¿No es el Dios “Omnipotente” aquel de quien se dice posee todos los atributos del ser, del poder, del saber, del tener? De hecho, el monoteísmo confiesa que al único Dios conviene toda la fuerza, toda sabiduría, toda riqueza, todo poder, toda gloria, honra y majestad, todo le pertenece (cf. Ap 5,12; 13; Rom 16,27; Jds 25). Pero aquí todos estos atributos necesitan pasar por el ojo de la aguja de esa humildad.

En una metáfora espacial, podríamos indicar lógicamente que en la cima, en lo alto, está Dios. Dios está encima de los ricos, de los poderosos, de los sabios, de los que son más honrados en este mundo. Pero continuando con la lógica de esta metáfora, entonces los que son los más poderosos, los más ricos, los más sabios, son los que están más próximos a Dios que está en lo alto, los que detentan el



privilegio de ser los mejores signos de Dios en este mundo de tantas desigualdades. Entonces, cuanto más nos aproximamos a alguien poderoso o rico, más nos aproximamos de lo divino. Evidentemente, con la sensibilidad de la narrativa evangélica podemos luego reaccionar: algo está equivocado en esta lógica y en esta metáfora, no es este el lugar privilegiado de la aproximación de Dios según los evangelios. Y tal vez debamos entonces, volver a ver rápidamente algunos textos del Antiguo Testamento e inclusive el Nuevo Testamento que afirman con todas las letras estas poderosas metáforas sobre Dios, para comprender que se trata de metáforas proféticas en confrontación con los poderes y las majestades de este mundo y de sus ídolos. Por tanto, afirmando que en Dios se concentra todo poder, toda riqueza, todo saber, toda honra y majestad, se relativiza y se someten los poderes de este mundo. Pues estos poderes elevados a lo absoluto de la divinización, en verdad se tornan diabólicos, fuentes de injusticias, de crueldades y de sufrimientos inocentes.

Sin embargo, las metáforas necesitan ser complementadas por otras metáforas según el método de analogía de la fe. Y esta no es la mejor, la más madura metáfora, la palabra más reveladora al respecto de Dios, de su modo de aproximarse y de dejarse encontrar. Vistas así, las metáforas de omnipotencia, de fuerza y de riqueza, por un lado, tienen la función de relativizar los poderes de este mundo, pero por otro, acaban colocando a Dios por encima de los ídolos como un ídolo todavía mayor que los somete, el más fuerte que amarra al fuerte, en la disputa entre Dios y Satanás, en que Jesús sería un “Satanás más fuerte” (cf. Mc 3,26-27 y paralelos) permaneciendo en la misma lógica de crueldad típica de los ídolos. Al recurrir a esta figura de Dios es que acontecen toda suerte de desastrosas proyecciones y también de tentaciones: ¿por qué Dios no tiene fuerza ni providencia para evitar un terremoto, un desastre, un sufrimiento inocente? ¿O para someter a los tiranos y los sistemas injustos?

Tomemos, por tanto, la metáfora de la riqueza en su sentido amplio de abundancia y de prodigalidad. Pablo es enteramente claro en su paradoja: “conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que por causa de ustedes se hizo pobre, no obstante siendo rico, para enriqueceros con su pobreza” (2 Cor 8,9). Observemos la fineza del final de su afirmación: para enriquecernos no fue propiamente compartiendo su riqueza, sino compartiendo su pobreza, la pobreza por la cual él aprendió a ser humano como nosotros, pobres y frágiles mortales. En otras palabras, utilizando un himno que Pablo recita en la carta a la comunidad de Filipos (cf. Flp 2,6-8), aquí está la condición



de kenosis, de vaciamiento de la condición divina, kénosis de un Dios que, en la Palabra que se aproxima en la carne, y en el lenguaje humano, renuncia a la forma o a la condición divina, aquello que sería un espectáculo de poder y de majestad, para tornarse un peregrino humilde y obediente hasta los límites humanos, carente y necesitado, identificado con los “pequeñitos”, y él se aproxima no como quien manda más, como quien suplica, Dios “sub especie contraria”. Es, por tanto, utilizando de nuevo una metáfora espacial, un Dios que renuncia a aproximarse desde encima para aproximarse desde abajo, desde un lugar más humilde que el lugar en que estamos. Hay siempre un “pequeñito” -*elachistos*: humillado, aplastado (cf. Mt 25)– que es menor que nosotros y que, para nosotros es el lugar desde donde Dios nos sorprende con una aproximación paradójica: para enriquecernos con su pobreza, suscitando en nosotros, en la relación con él, no la humillación de nuestra carencia delante de su tremenda majestad, mas la generosidad de nuestra iniciativa, de nuestro socorro y de nuestra ternura por un Dios humilde. Así fue Jesús en sus aproximaciones, sea de Pedro que se juzgaba un pecador, sea de Zaqueo, perdido en su riqueza, de Mateo en su espacio de poder, de la Samaritana con su balde de agua, y también en sus pequeñas narraciones, perlas en que brilla esta paradoja de aproximación y de salvación divinas. Es a partir de abajo, y, por tanto, mirando para abajo que reconocemos a Dios y que recibimos de su humildad nuestra gloria. Como los pastores de los alrededores de Belén que vieron en sus campos y en el lugar de sus animales al niño envuelto en pañales y ellos, los despreciados por su condición de impureza por razón de su trabajo con animales, se vieron envueltos en gloria (cf. Lc 2,8ss).

Anteriormente se hizo una nota distintiva del cristianismo -por eso también llamado de religión ruda y bárbara-, esta novedad que invierte la mirada para encaminarse a Dios: “Gloria mayor de los humildes”. ¡La gloria mayor es un Dios humilde! Los padres de la Iglesia distinguían así el Dios de Jesús de la imagen, aun así, fascinante, del Dios de los filósofos: que Dios sea grande, inmortal, poderoso, fuerte, irrepreensible, eso es lógico, es la imagen resultante de la lógica sobre lo que debe ser lo divino, y contiene una verdad lógica sobre Dios y su gloria. Pero, que Dios sea pequeño, mortal, frágil, pobre y suplicante, no quita, sino que aumenta la gloria, es gloria aún mayor, una gloria diferente, una experiencia de grandeza y de poder diferentes, la magnanimidad y el humanismo de Dios. En esta misma dirección, Benedicto XVI, cuando todavía era un teólogo joven, comentaba un aforismo atribuido a san Ignacio de Loyola que él recuerda como un epígrafe con que el poeta alemán Hölderlin encimó su *Hyperion*: “*Non coarctari*



máximo, contineri tamen a minimo, divinum est” – no ser obligado por lo máximo, y al mismo tiempo pedir lo menos posible, eso es divino⁵⁰.

Esta paradoja o mejor todavía, este oxímoron de opuestos aparentemente inintegrables para la lógica filosófica, precisa de un nombre, de un lugar de experiencia, y nosotros lo encontramos en el mismo Juan de forma reiterada: Dios no es una idea superlativa, extraída del poder, del saber y de la riqueza que conocemos en este mundo, “Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios” (1 Jn 4,16). Aun cuando se pueda encontrar polisemia, o sea diversos y hasta significados contradictorios en la palabra “amor”, un cristiano es quien aprende, como discípulo de Jesús, lo que puede significar para Dios y para su aproximación y revelación, esta palabra “amor”. Si Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único para salvarlo, es en esta misma lógica que Jesús ama y se entrega para la salvación del mundo: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos (Jn 15,13). En primer lugar, por tanto, estamos aquí delante del maravilloso modo como Dios se revela: como amor, en el cual él renuncia a sí mismo para darnos espacio y venir a nuestro encuentro de la forma más despojada y generosa, suscitando nuestro humanismo. Es así que Jesús, en la inminencia de su entrega, puede presentarse como “Luz del mundo” (Jn 8,12), aquel que por obra de su compasión puede salvar al mundo (cf. Jn 4,42).

2. El modo como el mundo odia aproximarse a Dios: el lado escandaloso

En segundo lugar, el escándalo. Nuestra pregunta inicial era intrigante: ¿por qué el mundo, aquello que es suyo, que él ama y por el cual él da su vida, no lo reconoció y no lo recibió? La memoria de Juan no nos deja mucha ilusión con el modo de proceder del mundo. En primera instancia, el mundo busca enredar en la lógica del poder, del espectáculo, de la fama y al final, de la ganancia. Es el modo como justamente los suyos, los más próximos de Jesús, todavía en Galilea, prueban a Jesús; que deje aquel lugar periférico y se vaya para el centro: “Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces, pues nadie actúa en secreto cuando quiere ser conocido. Si haces estas cosas, muéstrate al mundo” (Jn 7,3-4). Jesús desenmascara

50 Ratzinger Joseph, *Introdução ao cristianismo*, Herder, São Paulo, 1970, p.105.



el oportunismo, los intereses de poder que los mueven y que les hacen “gente del mundo”. Esa gente se siente bien en el mundo, es amada por el mundo, pero no Jesús; ellos están revestidos por su propio interés y el oportunismo. Una religión de espectáculo y de poder, de hacer carrera y de ventajas personales no es la religión de Jesús. Los sinópticos narran esta confrontación en las tentaciones que Jesús sufre en torno de su misión, que es la de Siervo de Yahvé cuya misión es encargarse de nuestras enfermedades y de nuestra cura (cf. Mt 8,17), en los límites de su humanidad y de su radical humildad.

Esa incompatibilidad que provoca el odio del mundo puede ser mejor examinada en la confrontación de Jesús ante Pilatos. Es la confrontación del poder y de la arrogancia sin verdad y sin justicia (Pilatos) frente de la verdad y la justicia sin arrogancia y sin el mismo tipo de poder (Jesús). Es delante del mundo de Pilatos, de su sistema de poder arbitrario sin mirar hacia la inocencia -el mundo que puede mandar crucificar sin verdad y sin justicia, simplemente porque tiene poder- que Jesús confiesa: “Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que yo no fuese entregado (...) he venido al mundo para dar testimonio de la verdad” (Jn 18,36b; 37b). En este combate absolutamente desigual, Pilatos asume las facciones del “príncipe de este mundo”, pero las armas de Jesús son la verdad y el amor fiel hasta el fin a este mundo que el Padre tanto ama. El único poder de Jesús en este trágico enfrentamiento es “el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce” (Jn 14,17). Por eso tampoco conoce la paz que puede venir de él, y sólo puede organizar una paz al estilo de Pilatos, con la crueldad del poder produciendo la paz armada del imperio, venida del príncipe de este mundo (cf. Jn 14,27).

En fin, estamos delante del escándalo, de la tragedia de un mundo en tinieblas que no se deja tocar por la luz para que sus obras de injusticia queden encubiertas, impunes y despiertas, “que aprisionan la verdad en la injusticia” (Rom 1,18). Las tinieblas son enmascaradas por la fascinación del espectáculo, del desperdicio, de la celebración del poder y de la abundancia para los que siguen la lógica y el sistema del mundo, que comporta, en los sótanos, crucifixiones impuestas a los inocentes para mantenerse como mundo, como sistema de poder. Mas en el fondo, es un mundo de odio, que odia la verdad y a todos los que dan señal de rechazo, como bien sabemos: no solo el mundo político, pero lo más intrigante es que el mundo religioso, los líderes y las instituciones religiosas, los esquemas de los practicantes de la religión, vieron en Jesús un peligro a ser eliminado. Pablo es categórico:



“Y no os acomodéis al mundo presente” (Rom 12,2) mismo que los cristianos sean dados en “espectáculo para el mundo” (1 Cor 4,9), espectáculo de sarcasmo y de horror como acontece a los mártires que no se conforman con los juegos de este mundo injusto. Pero ¿otro mundo es posible?⁵¹

3. El modo como el mundo se puede aproximar a Dios: otro mundo es posible

Lo que fue dicho hasta aquí parece profundizar un dualismo irreconciliable, bien conocido en la refinada cultura occidental. Pero no es necesariamente así, ni es así en los designios de Dios, y por eso la fe cristiana no puede, no debe caer en esta tentación. La narrativa bíblica se abre con la creación de los cielos y la tierra como una única creación, cada criatura ganando fecundidad en la relación con otra criatura y tornándose seno maternal de nuevas criaturas. Sabemos que este mundo -exactamente este mundo que odia y mata a quienes son testigos de la verdad y a quien es justo e inocente- viene de Dios, es amado por Dios a pesar del odio, y por amor a este mundo Dios se entrega en Jesús de tal forma que el amor vece al odio y hace caer al príncipe que domina este mundo.

Pero ¿cómo puede vencer quien se presenta en la debilidad? La victoria del inocente y amante del mundo, que fue ejecutado injustamente por el sistema cerrado de odio del mundo consiste en vencer sin causar vencidos, otra consecuencia del oxímoron cristiano. Cuando los oyentes de Pedro escucharon sus sorprendentes palabras -“Aquel del que ustedes renegaron, el justo que hicieron morir, el Autor de la vida que entregaron a Pilatos, Dios lo resucitó” (cf. Hch 3,14ss)- ciertamente quedaron espantados, aunque el texto sea muy sobrio aludiendo apenas a la pregunta “¿qué debemos hacer? En verdad esta pregunta lleva el asombro del reconocimiento del justo e inocente profetizado en el cántico del siervo sufriente de Isaías (cf. Is 52,14).

51 La afirmación “Otro mundo es posible” es el eslogan del Foro Social Mundial que se confronta con el mundo del Foro Económico Mundial. El Foro Mundial de Teología y Liberación, que acompaña la inspiración del Foro Social Mundial adopta el mismo slogan en un sentido específicamente teológico, en la tensión del “ya y todavía no” del horizonte escatológico de un mundo nuevo.



Interpretando tal pregunta venida del asombro: “que vamos a hacer si ahora es la hora de la venganza divina, ya que Dios está del lado de quien nosotros ejecutamos”. Pero Pedro, finalmente lleno del Espíritu Santo, repite las palabras de Jesús en la cruz: no sabían lo que hacían y pueden ser perdonados si comprenden y se convierten de la vieja lógica del mundo que odia y mata, y si entran en la lógica del inocente crucificado (cf. Hch 3,17ss).

Vencer sin causar vencido no parece posible, pues en toda victoria hay vencedor y vencido. Pero entrar en la lógica de la victoria que no produce vencidos es la única forma posible de parar la rueda trágica de la violencia del mundo. Es el poder de la víctima en relación a su verdugo, la víctima que puede rescatar al verdugo e inaugurar otra lógica, otro mundo posible.⁵² Es la forma de no despreciar al mundo a pesar de su odio, mas de rescatarlo desde las víctimas, los odiados y humillados pero cuya inocencia resiste en la paciencia y en la fidelidad al mundo. Es, por tanto, responder al odio con perdón y amor exigentes, a la violencia con la paz firme, testimoniando que hay otra posibilidad de estar y de vivir en este mundo. Es así que se puede comprender por qué Jesús oró al Padre, no para que sacase a los suyos del mundo, sino para que en el mundo fuesen testigos de la verdad. Y a los discípulos, en esa misma oración, igualmente previendo la lógica de odio y persecución, de sufrimiento inocente y de martirio, los anima: “Ánimo, yo vencí al mundo” (Jn 16,33b). En este modelo de victoria sin vencidos todo el mundo puede participar como vencedor. Sin embargo, no es obligatorio, es solamente posible otro mundo, porque la verdad y el amor con que se libera y se rescata al mundo suscitan una libre decisión, de tal forma que igualmente es también posible permanecer y perecer en un mundo de odio.

No hay la fascinación que seduce y turba la libertad en la lógica que viene del martirio y la Pascua de Cristo. Es un convite en serena libertad para entrar en la lógica divina, que no da espectáculo de sí, no se aproxima en ostentación. Si Dios, en Jesús, se aproxima al mundo a través de las márgenes, en la piel de los pequeñitos, entonces nosotros sabemos el lugar exacto no sólo de su revelación sino de donde comienza el nuevo mundo posible: en el reconocimiento, en la acogida y en el socorro de los pequeñitos, en el servicio a quien está más

52 Emmanuel Lévinas, refiriéndose a las lágrimas de José delante de sus hermanos en Egipto y a la condición dramática de las víctimas del nazismo en campos de concentración, describe este poder de víctima inocente delante de su victimario. Confrontar sobre todo *Totalité et infin. Essai sur l'exteriorité*, Nijhoff, La Haye, 1961, p. 172-173.



abajo, allá, en el mundo, donde Dios mismo se encuentra. Evidentemente esta es una gran vocación especialmente para la Iglesia de los discípulos de Jesús.

Para finalizar, es interesante recordar un hecho casi desapercibido con ocasión de la elección de Juan Pablo I. Entrevistado en los días siguientes, dice él con humor a los periodistas que la historia de la Iglesia no es propiamente la historia de los papas, es la historia de los santos. Ciertamente hay santos entre los papas, aunque no todos. Lo que Juan Pablo I quería decir era más complejo: no es la institución y los que la encarnan, que son el corazón de la Iglesia, el hilo dorado de la historia de la Iglesia; son los que aman el mundo de tal manera que dan su vida por el mundo. Y eso es ser cristiano, es ser del mundo de Dios, del otro mundo posible, del Reino victorioso de Jesús, que vence este mundo de odio consumando y rompiendo el círculo cerrado del odio en el exacto momento de su aniquilación, en su entrega total que vence sin vencidos. Es así que el propio mundo es salvado, tornándose el otro mundo posible.

SAN
ROMERO
DE AMÉRICA



ISBN: 978-9915-9342-2-8



9 789915 934228